

Algo sobre Blest Gana

i su

Arte de Novelar.

(1830-1920)



Algo sobre Blest Gana i su Arte de Novelar

(1830-1920)

Discurso de incorporación del miembro académico de la Facultad de Filosofía, Humanidades i Bellas Artes de la Universidad de Chile, don Alejandro Fuenzalida Grandón.

I

INTRODUCCIÓN

Sea mi palabra inicial de gratitud calurosa i sincera por haber sido elegido; sin solicitudes de mi parte, i llamado a tomar asiento académico en esta ilustre Corporación; lo que me permite reingresar a su seno, donde, en época anterior—no lo he olvidado—tuve hospitalidad en carácter de docente.

Si por ministerio de la lei salí de la Facultad, i si por decreto o reglamento me alejé materialmente; me sabía—yo, por lo menos, creía sentirme—vincula-

do a ella por los lazos espirituales del afecto, del pensamiento i de la acción.

En el otoño de mi vida, no puedo menos de aceptar la reciente elección con íntimo reconocimiento i ¿por qué no decirlo? con verdadera satisfacción. Se me brinda, ahora, por los antiguos colegas, una especie de cordial; i todavía, en una forma tan espontánea, que agradezco desde el fondo de mi alma. Es, sin duda, bondad i jenerosa simpatía hacia un obreiro que ha trabajado con tenacidad en la cantera de la investigación histórica i en la dura faena del profesorado.

Soldado raso del ejército literario, he debido acogerme entre los inválidos; pero acaso con algún mérito, derivado de mi permanente constancia i valentía en el amor a las letras a que, desde niño, consagrara no pocas fatigas i desvelos.

Haber perseverado en esta doble tarea, si atrayente, tan agobiadora; i haber, con ello, derramado el quilo de la vida mental, significa, probablemente, timbre, blasón, jineta o título. Por el simple trascurso del tiempo, suelen ganar eso los veteranos: benedictinos de la orden de la paciencia docente, pagada i medida en Chile, como se sabe, con la vara de Harpagón!

Así, se me antoja que, en el oficio de este largo i áspero bregar, ha de ir envuelto cierto orgullo profesional, o cosa parecida, ya que, según Merchor Jufre del Aguila, nuestro viejo cronista del «*Compendio historial*»,

«Esto del enseñar en sí contiene

«Un no sé qué de propia estimativa».

Hago este introito injenuo, o si se quiere, presuntuosa reflexión, como para disimular i cohonestar, en parte siquiera, el contraste que forma la modesta actuación del recipiendario i la destacada personalidad de don Alberto Blest Gana, a quien me toca la honra insigne i peligrosa de sucederle en este su sillón académico, uno de los valores más representativos de la cultura literaria chilena.

Fulguran aquí, efectivamente, verdaderos lampos de gloria.

Han trascurrido décadas tras décadas de una producción, si intermitente, sostenida hasta el milagro.

Este prodijioso forjador de fantasías amables, cautivadoras ha sido el creador de la novela en Chile. Desde una época lejana de que casi no queda ya sobreviviente alguno dentro de este parainfo, comenzó a realizar una labor de arte no igualada dentro de las fronteras nacionales, no superada, después, tampoco bajo muchos respectos, a lo largo del Continente Sud-Americano.

Procuraré esbozar el temperamento i tendencias de Blest, a intento de desarrollar brevemente mi tesis «*Sobre su Arte de novelar*».

La Familia Blest

El tronco racial de Blest proviene de Irlanda.

Su padre, el eminente médico de esta nacionalidad, don Guillermo Cúningham Blest (1800-84), hizo buenos estudios profesionales en la Universidad de Dublin, su condado natal, i en la de Edinburgo. Graduóse en esta última el 21 de Marzo de 1821, i llegó a Chile en 1826. Casó en Santiago al año siguiente,

con la jentil señora María de la Luz Gana, hermana de doña Carmen, la bella esposa del Almirante Blanco; «i hubo de particular en estos enlaces—(observa un ameno historiador)—que, siendo todas bonitas, casáronse una en pos de otra con extranjeros: la señora Juana con Mr. Sewell, la señora Micaela con el Dr. Armstrong, i hubo todavía otra hermana, esposa del señor Walton, también inglés. I así fué como Inglaterra, en esos años, no sólo se hizo dueña del cobre de Chile, sino de sus mujeres que valían más que el oro».

Constituyó el ilustre doctor Blest un hogar notable por las dotes de la intelijencia i del corazón. De su prole de varones, varios—tres por lo menos,—se han conquistado un lugar de mui alto honor en las letras, en la diplomacia, en el foro, en la política: Patricio, el primojénito, murió de corta edad; Guillermo, el poeta tierno, fluido i armonioso, cultivó las musas con alma i estro de soñador; Alberto, el sagaz diplomático i eximio novelista; Joaquín, el político i estadista, orador parlamentario discerto i elocuente; Julio, el abogado de prestigio, formaron una familia de hombres útiles e intelijentes. Estos recibieron la primera dirección intelectual de su padre, poseedor de un espíritu emancipado, altivo, culto, de una educación escogida i variada de gran copia de conocimientos científicos, i de una alma noble i levantada; todo ello combinado con un gran cariño por el cultivo de las letras. Tiene, además, para el reconocimiento de nuestra historia, muchos otros títulos; ser el patriarca en la matrícula de nuestros facultativos, el fundador de nuestra Escuela Médica, el primer maestro en su profesorado, i el primer decano de su Facultad.

Estudios de Blest Gana

Alberto, el tercero de aquellos hermanos, nació en Santiago el 14 de Junio de 1830.

Estudió las primeras nociones elementales en la escuela de mujeres de las Pinedas, i otros rudimentos en su propio hogar.

De 1841 al 43 figuró como alumno esterno del Instituto Nacional, establecimiento en que seguían los mismos cursos varios que, andando el tiempo, han hecho brillante papel en los anales de la cultura patria. Fuera de sus hermanos Guillermo i Joaquín, comenzaban a educarse ahí entonces jóvenes tan distinguidos como Francisco Bilbao, Eusebio Lillo, Miguel Luis i Gregorio Víctor Amunátegui, Diego Barros Arana, Ramón Sotomayor Valdés, Pío Varas Marín, Floridor Rojas, Guillermo Matta, Santiago Godoi, Ambrosio Montt, Ignacio Zenteno, Pedro Pablo Ortiz, Pedro León, i Anjel Custodio Gallo, Ramón Picarte, Domingo Santa María, Alvaro Covarrubias i otros igualmente predestinados a la pléyade de la celebridad, i que juntos iniciaron, en alegre compañerismo, la jornada de la vida intelectual.

Se diría—como he pensado en un libro de juventud—que hai, o debe haber, una lei de encadenamiento i significado de las jeneraciones que agrupa en torno de accidentes, a veces pasajeros, como son los del aula, a hombres destinados a influir notablemente en los destinos del país i en las variadas esferas de la actividad.

Pero, a mediados del 43, el joven Alberto Blest, entonces apenas de 13 años de edad, abandonaba ese

curso de humanidades del Instituto; e iba a incorporarse en Agosto como cadete de la Escuela Militar dirigida por su pariente el coronel José Francisco Gana, quien deseaba que su sobrino fuera discípulo de Marte. Decididamente, no era esa su vocación. «Fué—él mismo lo ha dicho—un engaño de niño, del que más tarde el peso enorme de una ciega subordinación, lo hizo despertar».

Primera estada de Blest en Francia

Después de poco más de un trienio de estudios como cadete, i con el grado de subteniente del Cuerpo de Ingenieros militares, pasó a Francia en Enero del 47 a efecto de perfeccionarse i especializarse en dicha carrera. Duró un quinquenio esa comisión (1847-51). Cursó asignaturas militares elementales en la Escuela preparatoria de Versalles, primero; i después, en la célebre Escuela de Aplicación del Estado Mayor, de París, reorganizada, más tarde, por el mariscal Mac-Mahon, como Escuela Superior de Guerra, destinada a desarrollar los altos estudios militares en el ejército francés.

No parece haber ejercido sobre el espíritu de Blest, grande influencia el movimiento socialista de que París era teatro por los años que siguieron a la revolución de Febrero del 48, que le tocara presenciar a través de su recinto militar, como a otros chilenos—los Matta, los Bilbao, Arcos—les tocara ver al aire libre, en el ambiente caldeado de las calles, i sentir, en la cátedra filosófica e histórica del Colejio de Francia, la elocuencia arrebatadora de los Michelet, los Mieckie-

wicz, los Quinet. Lo que no cabe dudar es que nuestro joven teniente recibió la inevitable influencia refleja de esa atmósfera, que debió acentuar i desenvolver ideas políticas avanzadas en quien ya estaba vacunado en ellas, prematuramente, por su padre, quien era i fué siempre liberal de buena cepa.

Blest sintió en la edad juvenil, la fuerte impresión del alma i de la civilización francesas, decisiva para su evolución espiritual. No es aventurado imaginar que ya trajera latente i en embrión el vago i ardiente deseo de conquistar en la vida intelectual de Chile, en libre i abierto palenque, un sitio al lado de sus antiguos camaradas del Instituto, que luego le tocaría verlos convertidos en escritores. Poco a poco, habría él de irse distanciando de las ríjidas i adustas casacas de la Academia de Guerra. La ciega sumisión no se avenía, no podía avenirse bien, con la altiva independencia de su espíritu cultivado, con la briosa foga de su temple inquieto i osado.

Blest regresa a Chile

No bien estinguidos en Chile los ardores de una sangrienta escisión civil, regresaba Blest a fines del año 51, munido con la excelente educación militar que los maestros franceses le habían proporcionado. En Marzo del 52 se le daba el grado de teniente efectivo del Cuerpo de Ingenieros. En Mayo siguiente, entraba de ayudante de la Escuela Militar, i profesor de Aritmética i Jeometría; puestos en que permaneció un bienio. En Abril del 54, se le comisionaba para desempeñar la jefatura de sección en el Ministerio de Guerra,

i en Octubre del mismo año, obtenía permiso para contraer matrimonio. Mui luego después pasaba el Rubicón del celibato, enlazándose con la distinguida dama doña Carmen Bascuñán Valledor.

En Julio del 55, Blest solicitaba i se le concedía su separación absoluta del ejército. Su carrera militar había durado, pues, alrededor de 12 años.

No tuvo vocación para el profesorado, que abandonó en su comienzo. No figuró en ninguna campaña ni acción de guerra. Fué casi un militar de salón desde su regreso a Santiago: aquí el brillante joven, bien parecido, elegante, se hizo distinguir, según su biógrafo de «*Los Constituyentes de 1870*», «por su continente seguro i un tanto marcial, de modales correctos i desembarazados, que bailaba a la perfección, que sabía conversar amenamente con las mujeres i discretamente con los hombres».

Blest, que era un empleado intelijente i laborioso, permaneció en su puesto del Ministerio de Guerra durante un decenio (1854-64).

Si puede mirársele como un millonario de las esperanzas i de la imaginación, en pesetas pasó, en ese tiempo, mui poco más allá de la pobreza franciscana. Esta pobreza de solemnidad es, en Chile, el lote de quien sigue i se estanca, sin ascender, en la áspera carrera del empleado público civil.

Los primeros ensayos Literarios

Despréndese de esta rápida silueta biográfica, que de intento abrevio, que Blest, en realidad, no cursó sistemáticamente Humanidades, ni tampoco com hi-

pletos estudios literarios, ya que en la edad normal en que éstos se adquieren, él tuvo una educación árida i esencialmente militar.

Cualquiera creería que semejantes circunstancias habrían de conspirar para alejarlo del campo ameno de las bellas letras. En cierto sentido, en efecto, aquella deficiencia i vacío iniciales ejercieron alguna influencia en los primeros pasos de su carrera de escritor.

En compensación, los triunfos literarios de sus primitivos compañeros de aula en humanidades, lo seducían.

Por un lado, su padre lo había hecho aficionarse desde temprano a la lectura sostenida de poetas, historiadores i novelistas, entre estos últimos, Walter Scott i Dickens. Por otro, el ejemplo de su hermano Guillermo despertó en él la dulce atracción de las Musas.

Así, desde la más tierna niñez hasta la adolescencia, comenzó por hacer versos. Se han salvado pocos de la hoguera. No se conocen otros, que yo sepa, que los aparecidos en una Revista del 53 («EL MUSEO»), titulados «*Al corazón*»; remedo byroniano de melancolía tenebrosa a la moda del tiempo: aquejaba a quien en la primavera de la vida, ya estaba descreído, i lacrimoso, i devorado en el dolor, i—«cansado, sin vida i sin amor».—Lo cual, como se coleccionará fácilmente, era tan sólo una manifestación del vendaval romántico de aquellos días.

El propio aprendiz de poeta en la prosa picaresca de uno de sus artículos («*Las Manías*») inserto en aquella misma Revista, bajo el trasparente seudónimo de («*Abegé*»), risueñamente ponía en solfa a los imberbe

Zorrillas de abundante cabellera i a los Petrarcas de 12 años, atacados de «manía literaria, fiebre epidémica que nos ajita desde mui niños. Las obras de Zorrilla, publicadas por entregas, el «*Diablo Mundo*» i las poesías sueltas de Espronceda, con más otras varias producciones de este jénero, son decía, los miasmas contagiosos que han traído a nuestros climas sanos i despejados, este achaque nocivo i enervador, este literaria-morbus de nuestro Chile progresista».

El ñjenio fresco i travieso de nuestro autor despuntaba, en ese año, en intencionadas burlas costumbristas. Recuerdan las de *Jotabeche*—brillante creador del jénero entre nosotros.—Son finas observaciones denunciadoras del temperamento—del ironista de buenos quilates. Aparecía en ellas cual irlandés, con mucho fondo galo que se espresaba como un chilero, olvidándose de que era castellano.

Blest se aventuró más tarde, en la composición teatral cómica («*El Jefe de la Familia*», en tres actos); pero no tuvo siquiera los honores de la representación. Carecía del don del teatro. No era ésta su cuerda. Por lo demás, nuestra escena nacional estaba entonces en mantillas. Predominaba el jénero espeluznante. Nuestro autor, en dos o tres novelas ha recordado lo que era el llamado «teatro popular», i el otro de más fuste, pero al aire libre, en que varias jeneraciones adocenadas habrían de deleitarse, con los excesos patibularios de la escuela dramática a la que dió su nombre Bouchardy.

Su vocación artística

El famoso poema lírico de Schiller intitulado «*Resignación*», comienza así:

«*Auch ich war in Arcadien geboren!*»

«¡I yo también había nacido en Arcadia!» Este verso ha llegado a ser para la vocación de poeta idílico o elejíaco, lo que para la vocación de pintor el grito injenuo i célebre de Correggio delante de la primera pintura rafaelesca que contemplara: ¡*Anch'io son' pittore!* «I yo también soi pintor!» Asimismo, Blest, leyendo un día a Balzac, dijo: «*I yo también soi novelista!*» En carta varias veces publicada, cuenta nuestro autor el auto de fe en que, condenando a las llamas las impresiones rimadas de su adolescencia, se sintió novelista i juró serlo. En efecto, lo ha sido, i de verdad, porque era esa precisamente su vena i su real vocación.

Todo lo llevaba a ese jénero tan antiguo en el mundo como la imaginación, i en Chile, tan nuevo que sólo entonces daba el primer vajido.

Blest tenía verdadero talento de escritor. Halló fácil su camino en el jénero novelesco, al que lo llevaban como de la mano, principalmente su nativa imaginación i su fértil inventiva, su don natural de observación, su esquisita sensibilidad artística, i hasta su misma índole chistosa que, en su mocedad, era como el fondo de su temperamento.

El estreno novelístico del joven teniente—«*Una escena social*»—apareció, en Setiembre del 53, como fo-

lletín de un periódico literario, «EL MUSEO», antes nombrado. Esta pequeña historia de amor, sin impurezas de arte carnal i sin pizca de voluptuosidad, era de corte francés por su forma i hasta por su fondo; alguno de sus personajes secundarios pertenecían a esta nacionalidad; el héroe de la aventura, en un episodio final, figura en Bayona; i todavía, el hijo de la heroína aparece educándose en un colejio de París. Más que novela, era propiamente una novela corta, una «*nouvelle*», (ya que nuestro idioma carece de palabra castiza para espresar este matis del jénero). Las saetas que entonces se lanzaron contra Blest no tocaron en el blanco, ni siquiera una envenenada que le disparara desde una revista, con ñoños escrúpulos, cierto crítico de sacristía, uno de esos que se cubren de ceniza, pudibundos i escandalizados, so pretesto de que «los romances han corrompido el mundo»...

A este promisorio ensayo siguieron otros i otros — («*Engaños i Desengaños*», «*Los Desposados*» i «*Primer amor*»).—Magníficos tanteos reveladores de quien empezaba a desplegar alas poderosas i propias; pero todavía sin desembarazarse de la imitación, que tenía su espíritu amarrado, como globo cautivo, en las redes de la atracción francesa; sugestión que lo acompaña en «*Fascinación*», «*Juan de Aria*» i «*Un drama en el campo*»; de la que se libra en «*Mariluán*», conato de novela indiana, o araucana, i en «*Una Venganza*», cuento limeño del jénero tradicionista; i en la que vuelve a caer inesperadamente en «*El pago de las deudas*», cuando ya había dado prueba irrecusable de su orijinalidad.

Aquellas primeras novelas llevan en sí, como carácter i filiación comunes, cierto grano de sentimen-

talismo romántico un tanto melancólico, mui de moda entonces i después, que denuncia siempre tal cual dego, perfume i sabor extranjeros. Su campo de acción puede ser Chile, o, indiferentemente, París, o cualquier punto del globo. No penetra hasta el fondo de sus personajes hasta su médula psicológica; sus caracteres carecen de suficiente relieve e individualización. El relato se halla sembrado, a ratos, de observaciones de índole labrouyeresca, que lo interrumpen. El arte de la composición denota, por lo jeneral, la influencia balzaciana, modelo preferido, con algún festivo eco que recuerda lejanamente la risa rabelesiana, con cierta dilatación de cuadros desligados, a veces interminables de excesiva extensión en el diálogo a lo Dumas, i tropicalismo descriptivo i detallista, ahogador de la nítida esposición del argumento. Su estilo, a veces, enfático, se hace como brumoso i difuso a fuerza de comparaciones, hijas del Pathos; i cae, por inadvertencia, en no pocas reminiscencias galicanas i neologismos bizarros que dañan la pureza de su estilo fácil i pintoresco, pero que le suelen comunicar movimiento i gracia, lijereza i fuerza espresiva.

A despecho de estas deficiencias i defectos que, con la práctica literaria, se desvanecerán, trasúntase el fuerte temperamento artístico de Blest. Su burla amable i la malicia socarrona que seguía veteando su carácter, entonces alegre i chancero, i que dan aguda sutileza a su observación de lo ridículo i de lo picante, sin alcanzar a lo chocarrero; su afán empeñoso de llegar a la verdad i al realismo de buena lei; la lucidez e intensidad de su imaginación, i la audacia i vehemencia de su fantasía creadora; su ojo apto para la visión de lo bello i seleccionador de lo característico, son sus cualidades en el arte de novelar. I éstas habrían

de desenvolverse en la gimnasia espiritual del hábito de escribir. Prácticamente, las tenía Blest latentes. La fecunda cosecha era sólo cosa de madurez.

La chilenidad en la novela blestiana

Ese tiempo llegó.

En 1860, al cumplir Blest 30 años, edad de pleno vigor mental, daba a la estampa «*La Aritmética en el Amor*», novela de observación que deja a distancia enorme a las anteriores. Justamente, señala época en nuestros anales literarios i marca en ellos un jalón de gloria.

Aparecía entonces la novela «blestiana», de índole i médula criollas, con fiel i atento estudio del jenuino ambiente nacional, reproducción sagaz de nuestras propias costumbres i modalidades, i «chilenidad», en la forma i en el fondo. Tales méritos valieron a su autor un premio universitario i su nombramiento de miembro académico de la Facultad de Humanidades.

Estas cualidades de plena orijinalidad de bien observado realismo, brillan más todavía en «*Martín Rivas*», su mejor novela de esta época. La publicó como folletín en «*La Voz de Chile*» (1862) i la dedicó a su redactor principal, el austero Matta, con quien desde niño cultivara la más estrecha i sincera amistad. De ese diario, hogar de conmlitones, «El Patriarca» era el alma. Cenáculo de la avanzada intelectual, albergó a los temidos «rojos» de aquel entonces. Estos hacían una campaña de ataque, ya razonado, ya punzante, contra el gobierno de Montt, principalmente i su herencia política, judicial i bancaria. A la vez,

cultivaban las letras con amor. Allí escribían, día a día, artículos de actualidad, de propaganda doctrinaria, amargos a veces, apasionados, ardientes con frecuencia, siempre firmados. Sábado a sábado, «conversaciones» literarias i artísticas, de que Blest, uno de sus redactores, dió el molde—encaje i espuma de picor agridulce i humorístico.—Risueño comentario semanal de la jurisdicción del ingenio al que siguieron alternadamente, Rodríguez Velasco, Isidoro Errázuriz, Juan Nepomuceno Espejo, Recabarren, los Gallo, Pedro Godoi, José Antonio i Diego Donoso, Barros Grez, Francisco Gandarillas, Benicio Alamos, Torres de Arce, Claro Cruz, i versos de Guillermo Blest, Matta, Rodríguez Velasco, Pío Varas Marín, de la Barra, Soffia, Martín José Lira, Federico Cruzat, Pedro Lira i otros.

Tal fué el diario en que apareció «*Martín Rivas*», mostrado en la estructura de su alma digna, sentimental i orgullosa, con estudio ético, psicológico bien graduado i discreto. El desarrollo de querer en la bella protagonista, está tratado con suma maestría naturalidad, desde que nace i crece hasta que estalla en un pájina movida i vibrante de extraordinaria intensidad dramática. Historia de amor que apasionaba a las lectoras chilenas, como en época ya mui antigua conmovieran a las lectoras inglesas las creaciones novelescas de Richardson.

Cuenta Isidoro Errázuriz—en Julio del 62—que la separación del simpático Martín Rivas, cuya vida había llegado a formar parte de la vida de las lectoras del folletín de «*La Voz de Chile*», «arranca lágrimas a muchos ojos. ¿No le volverán a ver nunca, nunca? Esta idea afije a más de una de ellas. Nosotres les encontra-

mos justicia, i nos atrevemos,—agregaba el lucido cronista—a suplicar a nuestro amigo Alberto Blest Gana que, en algunos de sus futuros romances, presente de nuevo al público en el pleno goce de su bello amor, a la heroína i al héroe de «*Martín Rivas*».

Al año siguiente, el mencionado diario daba como folletín «*El Ideal de un calavera*», espléndida novela costumbrista que cierra con broche de oro el ciclo de la primera gran producción en Chile de nuestro autor.

La gran trilogía novelística. Su Realismo

Considerada en pocos razgos jenerales, esta producción novelera se nos presenta como la boca de un observador atento, curioso de lo que pasa a su alrededor, hombres i cosas, hábitos i preocupaciones. Su mérito descansa en el soplo de realismo que discurre por entre las creaciones forjadas por el autor.

Ya ha pasado a lugar común de la crítica, la acertada opinión de Hipólito Taine, el ilustre historiador de la «*Literatura inglesa*», de que un artista vale tanto como es su facultad de ver los objetos; cuál, el grado de vehemencia i fuerza que en ello pone; unido a lo estenso de su imaginación, la gran cualidad, la cualidad maestra del novelista. I bien: Blest tiene la imaginación excelsa, lúcida, enérgica, multicolor; es el instrumento que pone en acción para escribir, pintando con tonos i matices varios lo que ve, escogiendo lo característico.

Acertó a encontrar el realismo en el arte, sin cu-

rarse, poco ni mucho, de si debía ser arte docente. No siente esta necesidad. Su tendencia lo lleva lisa i llanamente al entretenimiento de frívolo i pasajero deleite. Sin duda, por eso, se le nota una marcada afición a diversificar en sus fábulas lo que pueda mover a la risa i dar pasto a la comezón cómica, buscada en el contraste, en la variedad de las escenas chistosas.

I, ¡cosa digna de notarse! no siempre sus finales de novelas son dichosos; al revés, no faltan aquellas que terminan con la nota trágica. En cuanto a la mecánica de la composición, peca no pocas veces por la falta de unidad en las tramas, jeneralmente duplicadas, i no siempre tan entretejidas que, orgánicamente, una influya precisamente en la otra.

De ninguna de sus novelas se dirá, por cierto, que entre sus personajes i su acción no hai más hilo que el hilo de la encuadernación; pero de alguna se podría acaso, separar las tramas; hacer con ellas dos novelas distintas, sin sacrificar gran cosa la ilación del pensamiento, sin más trabajo que desunir los argumentos i simplificar los enredos principales i secundarios. El autor solía agruparlos, en complicada labor, con el manifiesto propósito de producir una intriga compleja, para darse el gusto de desatarla por resortes ingeniosos de que tenía un arsenal inagotable.

El detallado análisis de la producción blestiana me llevaría demasiado lejos, i no es este—claro está—el momento de hacerlo.

La trilojía novelística «*Aritmética*», «*Rivas*» i «*El ideal*» animada reproducción del modo de ser nacional en el tiempo trascurrido de 1836 al 51, es un intenso i verdadero «documento humano» (que dirían

los Goncourt), con observación directa del natural, con su peculiarísima atmósfera social i moral, con sus tipos característicos más representativos, i su lenguaje i su especial folk-lore. Se entreveran allí el orgulloso patriciado de alcurnia, la modesta clase media—de entonces a hoi en fundamental transformación—el deprimido e inculto pueblo; desde el «tejedor enerjista», hombre de orden, el «crisista» ministerial, hasta el «camaleón», tipo del parásito en política, arrimado siempre a la autoridad; desde el «dandy», que ha estado en Europa o «león» de los salones, hasta el «siútico» i el bohemio jaranero; desde el discípulo de Monstrouje, captador de herencias, el flaco i astuto jesuíta que, mirando al cielo, ora i roe, hasta el fraile medio cretino i pantagruélico completo que, mirando a la tierra, engorda i se entrega al goce epicúreo del vivir; desde el linajudo «pelucón» hasta el encojido «pipiolo», sin casa, ni hacienda, ni capitales a interés.

En la opulenta galería femenina desfilan la joven elegante, la pobre soñadora, la solterona envidiosa, la vieja «aliteratada», i hasta la zaparrastrosa sirvienta con olor a cocina.

Blest nos penetra en la intimidad de su rico enjambre, que bien conoce: mancebos apasionados, estudiantes sin «chapa», alegres calaveras; galancetes fatuos i redomados que enamoran con su traje i sus galicismos; ejecutivos Tenorios del «picholeo»; Lovelaces en ruinas, viejos seductores de incautas i desvalidas; apuestos militares, cívicos entusiastas: sin que falten oficiales de policía que deslumbran con su uniforme, sus botones plateados i su sable. En este conjunto, leve i artísticamente idealizado, nos muestra,

con su genuina idiosincrasia colectiva e individual cómo nace, crece i se mueve la «*personajería*», i se oye cómo piensan i creen, divagan i conversan, ríen i chismean las jentes de esa jeneración. Nos cuenta cómo vivían en sus casas, en las calles, cuarteles, claustros i mercados; cómo viajaban en birlocho i paseaban en carreta; cuáles eran los guisos, confituras i golosinas servidos en sus mesas; cuáles los instrumentos que tañían i las coplas que entonaban; en qué vasos, jarros o «*potrillos*» vaciaban la chicha, la mistela i el ponche o «*chincolito*»; cómo vestían i requiebaban en la artesonada sala, en la «*cuadra*» blanqueada; cómo jugaban a la malilla unos, i otros a la brisca i al monte en naipes gastados; cómo seesteaban i dormían. Todo ello con propia e inconfundible fisonomía, con sorprendente i vívido realismo, en medio de exuberancias episódicas, de tramas dobles, aun triples, de una inventiva amable, fecunda, salerosa, con inagotable vena satírica; con optimismo sonriente que casi no flajela el vicio, porque la filosofía allí desenvuelta es blanda i benévola por excelencia.

Esta voltaria trilogía de la comedia chilena, revelada por vez primera i enfocada en el lente artístico i evocador de Blest, que trasforma tipos en individualidades, era la confirmación triunfal de que, en efecto, un valor nuevo i brillante aparecía en nuestra incipiente literatura novelesca.

No le había faltado razón crítica al poeta Matta, su amigo del corazón, ni menos a los Arteaga Alemparte, hermanos por el iajenio como lo eran por la sangre, cuando desde un principio con el telescopio de la adivinación, entrevieron el radioso porvenir que esperaba a aquel astro de primera magnitud des-

tacado en nuestro pobre cielo intelectual. Amunátegui, juez esperto de acendrado gusto, dictaminó el ya recordado premio universitario a «*La Aritmética del amor*». Bello patriarca de las letras americanas, halló, que, quien había escrito «*Martín Rivas*» en su juventud, estaba destinado a ser un gran novelista. Barros Grez, costumbrista i novelador también, a vuelta de algunos reparos justificados, se inclinó delante del que empuñaba en alto la bandera nacional del jénero en Chile. Barros Arana, el insigne investigador, potente cultivador de la historia, esa hermana de la novela manifestó asimismo su aprobación. Vicuña Machenna mago fecundo de la fantasía, de la amenidad, exento del corrosivo microbio de la envidia, risueño animador de lo pasado, batió palmas sin reservas: con la efusión de su alma entusiasta, noble, espontánea, proclamó a Blest «creador de la novela de costumbres chilenas»; encontró que «Fortunato, Rivas i Manríquez,—habiendo nacido del mismo padre, eran en «tre sí parientes tan estrechos que se reconocerían «los unos a los otros a la vuelta de cada esquina, o si «hubieran de encontrarse en un sofá de la Alameda, o «delante de la mesas de mármol del Casino».—Lastarria, el maestro Lastarria, cuentista de talento, paladeador de afinado gusto crítico, que había amparado con el prestigio de su caluroso apoyo al novel autor, esperaba de él, en 1864, una «gran novela», ya que no era dado suponer que iría a detenerse en su marcha ascendente, quien había salvado los tramos o grados sucesivos del cuento, de la novela corta (*nouvelle*) i de la novela.

Nuestro mismo autor no parecía, en esa época, estar vecino al desaliento. Como, confidencialmente

referíalo en ese año, escribía «no por culto a la gloria
« que no existe, ni aún con oropeles entre nosotros;
« no por ambición pecuniaria; sino por necesidad del
« alma, por afición irresistible, por ese algo inmaterial,
« en fin, que nos lleva a apartarnos de los cuidados
« enfadosos de la vida, lanzando la imaginación a un
« campo en que nadie puede vedarnos los dulces fru-
« tos de la satisfacción intelectual». Escribía «porque
« tenía vocación de escribir, i escribiendo satisfacía
« una necesidad de su naturaleza, i cada cual tiene
« forzosamente que obedecer a la suya».

Todos sus amigos esperaban, pues, la «gran novela» prometida por su creador, inspirada en hechos históricos, con pasiones emocionantes, pero verosímiles, de «vasta, complicada intriga i enredada trama», en que iba a desenvolver nada menos que la formación de nuestra nacionalidad.

Por desgracia, tan unánimes, justificadas expectativas, i la promesa del autor, desvanecida por lo pronto, no encontraron cumplidera satisfacción.

Blest abrió un paréntesis, un largo paréntesis de olvido a la producción noveladora; detuvo su vuelo de aguilá, fué a posarse hacia campo más positivo. Del mundo de la fantasía quiso o se vió forzado a trasladarse a terreno más propicio para la satisfacción de imprescindibles necesidades materiales. Apartó tienda del cenáculo de «*La Voz de Chile*». Volvió la espalda a las bellas letras, i los ojos a la política local i administrativa.

Entraba en un sueño cataléptico para la vida literaria.

Servicios administrativos i diplomáticos

En las elecciones del año 64, Blest es elegido municipal por Santiago. Hubo la curiosa i sujerente particularidad de que su nombre figuró inscrito i fué a las urnas, así en la vencedora lista de gobierno fusionista, como en la derrotada lista de oposición.

Pero no nació para edil. Apenas se inició en su mandato. Fué rejidor por mui breve tiempo i tan escaso, que de sus proyectos edilicios para reorganizar las finanzas de la Corporación, no alcanzó a ver ni su discusión ni su aprobación.

En Julio del 64, fué nombrado Intendente de Colchagua. En este puesto administrativo se mantuvo poco más de un bienio.

De ahí el gobierno de Pérez llamó a Blest a la carrera diplomática, que habría de tomarle, por largos años, íntegra toda su actividad. A fines de Noviembre del 66, se le acreditó Encargado de Negocios en Norte América, desde donde envió una narrativa de viaje por el Niágara, única manifestación que por esta época se conozca de la péñola del ya avezado escritor. En Noviembre del 67, se le nombra Ministro cerca de S. M. Británica; i en Diciembre del 69, se le envía, con igual carácter, ante el Gobierno de Francia. Presentó sus credenciales en las postrimerías del Imperio de Napoleón III.

Casi en los precisos momentos una elección oficial, probablemente «*a la chilena*» de entonces, le ofrecía un asiento parlamentario en la Cámara de Diputados que no ocupó; pero que le hizo figurar en el libro de más ingenio que se haya escrito en Chile—«*Los Cons-*

tituyentes de 1870»—labrado en mármol pentélico, i por entre cuyo centenar de tumbas, hoi, como en el Cerámico de Atenas, se respira el perfume de esa flor única e inmortal del aticismo.

No juzgo, por ahora, del caso reseñar en detalle los importantes servicios diplomáticos que prestara Blest en las jestionés que tuvo a su cargo. Estos se identifican con la historia internacional de la República i constan en los densos volúmenes de su correspondencia oficial i confidencial que acreditan su laboriosidad, i que he tenido la fortuna de leer hoja por hoja.

Básteme decir, en resumen, que se ciñó a las instrucciones de los cuatro gobiernos que sirvió, en la época de Pérez, Errázuriz, Pinto i Santa María.

En la cuestión de límites patagónicos con la Argentina, la Legación en Francia dió contestación i enervó las informaciones tendenciosas de prensa que, con evidente parcialidad en favor de aquella República, publicaban algunos periódicos i revistas de París i Londres.

En los días angustiosos de la guerra con Perú i Bolivia, Blest es el Argos de cien ojos que vela por los intereses de Chile en forma plenamente satisfactoria i patriótica: pasa i repasa el canal de la Mancha; multiplica su actividad; pára los golpes insidiosos de la propaganda enemiga; atiende con celeridad al envío de buques, armas i demás pertrechos bélicos que el Gobierno de la Moneda encarga por cable para hacer

frente al conflicto internacional a que fuimos provocados en 1879.

Coopera, por fin, con eficacia, unido al Ministro Matta, acreditado en Berlín—quien llevó la dirección en este negocio delicadísimo, (aun no historiado por nadie)—ante las cancillerías europeas: que nuestro país obtuviese i asegurase el resultado de la victoria.

Contra esta situación, natural liquidación de la guerra del Pacífico, se había levantado en Francia, Italia, Austria e Inglaterra,—i aun con la indiscreta ayuda del plenipotenciario alemán en Chile, que fué desautorizado,—una confabulación jeneral de intereses creados, i defendidos por ex-abogados del Perú. Estos personeros, altamente colocados ejercían presiones indebidas ante los gobiernos que se decían «neutrales».

Por suerte, se logró desbaratar esa peligrosa confabulación, mediante la actitud enérgica i decisiva de Alemania, cuyo «*Canciller de Hierro*» puso de nuestro lado el peso de su opinión, que también era de hierro.

En los negocios del culto, Blest no fué tan afortunado. Fuera de su breve misión a Roma, ante la Santa Sede, con motivo de la supresión del fuero eclesiástico que consignó nuestro Código Penal, en 1874, desempeñó ahí otra jestión mucho más larga i complicada: la referente a obtener la consagración del canónigo Francisco de Paula Taforó como Arzobispo de Santiago (1878-83).

No la obtuvo. Así hubiera estado munido Blest de

las dotes talleyrandesca, su fracaso habría sido irremediable. Habría peleado siempre una batalla estéril: en la Corte Vaticana soplaban i debían triunfar, vientos de resistencia canónica contra los derechos que al Estado moderno da el progreso en sus relaciones con la Iglesia.

Nuestro diplomático pensaba, para su fuero interno, que habría dado resultado su misión a no haberse encontrado con «*una escoba nueva*» (León XIII).

Creo, no obstante, que Blest sufría un engaño de concepto fundamental. Por entre el «*venticello*» soplado hacia Roma por el batallador clero político chileno contra el candidato del Gobierno, surjía i se impuso una cuestión sustantiva, verdadero i real escollo de la misión: la negativa pontificia para reconocer a Chile el derecho de patronato. Lo que, en el fondo, era desconocerle una parte de su soberanía. I ante ello, podrían pasar por secundarias, las flechas enherboladas—(irregularidad *ex-defectu natalium*, liberalismo, i hasta haber sido cómico en su juventud)—que desde la curia santiaguina se lanzaba contra el ilustre i benemérito canónico.

Vino la ruptura de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Blest notificó esta determinación del Gobierno de Chile, dejando al Pontífice la responsabilidad de las consecuencias. Se sabe que ese es el período turbulento de las leyes civiles llevadas a cabo por el enérgico Santa María, que era un estadista de verdad en toda la amplia significación del vocablo.

Al iniciarse el gobierno de Balmaceda, Blest recibió el «sobre azul». Esa insinuación tenía todo el carácter de una perentoria invitación para abandonar la carrera diplomática. Parece que, a juicio de aquel mandatario, no era conveniente que los funcionarios se eternizasen en sus puestos. Había que dejar paso a otras personalidades del escenario político.

Blest debió, pues, jubilar. Acreditó 40 años de servicios no interrumpidos, i una complicada enfermedad. En Marzo del 87, dos certificados, que no eran de médicos de Moliere, sino de dos eminentes facultativos parisienses—Mr. Hardy i Mr. Landoucy,—caracterizaban la dolencia como «una dispepsia gastro-
«intestinal la cual le provoca accidentes variados,
«perturbaciones nerviosas, particularmente, anemia
«con debilidad jeneral, por fatigas debidas a trabajos
«de oficina i a la vida ajitada de la carrera diplomática».

El gobierno, en Mayo siguiente, se apresuraba a decretar la jubilación i la imposibilidad absoluta del meritorio diplomático.

Por dicha, Blest, que enteraba entonces 57 años de edad, vivió contra el parecer de los médicos i del gobierno, otros 33, hasta llegar con lozanía, casi juvenilmente, a nonajenario.

En 1897 le fué ofrecida formalmente su reincorporación al servicio diplomático, con sede en Washington; lo que quedó sin cumplírsele. E incidió la particularísima circunstancia de que el, a la sazón, Jefe Supremo del Estado, amigo de bromas sangrientas, designaba para aquel cargo precisamente al Ministro mismo que había firmado la oferta...

Cuatro años más tarde,—esta vez sin burla,—se

dió a Blest una misión diplomática, pero de duración transitoria, a la Conferencia Pan-Americana de Méjico, de desempeño conjunto con otros funcionarios. Era un momento especialmente delicado de la posición de Chile en América, rodeado de enemigos como estaba, i amenazado de una verdadera confabulación internacional.

Catalepsia literaria

Nunca he comprendido que el espíritu selecto de Blest permaneciese sin cultivar las letras durante el largo lapso de más de 30 años corridos del 64 al 97. El, parece, consideraba que el servicio del Estado debía concentrar íntegra del empleado toda la atención.

Se sabe que la labor diplomática es intermitente: si tiene horas cortas de gran zozobra i agitación, las tiene también de prolongado descanso. Sin apelar a ejemplos de funcionarios europeos de este orden que, lejos de hallar justificada esta pretendida incompatibilidad, se han ocupado en trabajos literarios, recordaré entre los chilenos, que Morla Vicuña les hacía. Matta escribía versos mientras era Ministro en Berlín, como los volvió a hacer después mientras fué Ministro en Buenos Aires. Soffia cultivó las Musas durante su misión en Bogotá; entre otras tareas de la gaya ciencia, tuvo la feliz idea de un «*Romancero*», homenaje a Bolívar en su primer centenario, que refiere i canta episodios de la epopeya de la Independencia Colombiana, tan ligada a la historia de la emancipación de todo el continente americano. Lastarria no soltó nunca su vigorosa pluma, tan ardiente que todavía levanta en-

vidias o rencores pretéritos—mientras sirvió a Chile en ambas márgenes rioplatenses. I así, otros.

Como quiera que sea, Blest enmudeció para las bellas letras. Pero, al fin, dichosamente, concluyó lo que he llamado caso de «catalepsia literaria», que suspendiera, por tan larguísimo tiempo, la manifestación escrita de su sensibilidad i de su movimiento artístico.

Blest novelador-historiador

I despertó con el verdor de los años, con sus facultades frescas, potentes, como no gastadas en forma alguna por el correr de la vida, ágil como en la primavera, con toda la dúctil elasticidad de la sensación i del sentimiento, con más la madurez del juicio i la cultura superior del alto medio intelectual con que se había connaturalizado, pero sin apagar el cariño por el terruño natal.

Comenzó por desatar el legajo amarillento que bajo sello lacrado contenía el esqueleto de su «gran novela», aquella de «vasta, complicada intriga i enredada trama» que anunciara en 1864, bautizada, concebida, i en gran parte, escrita, antes de su salida al extranjero.

No se escapaban al hábil novelador las graves dificultades inherentes al jénero a que se proponía dar vida. No habían faltado quienes emprendieran en Chile, tarea semejante; pero en forma que no satisfacía los cánones del arte. Estos ni eran nuevos, ni menos desconocidos en nuestro país.

Así en carta de 25 de Julio de 1875, a alguien que quería ser novelista-histórico, los esponía en forma nítida el egrejo historiador, hoi al frente de la iglesia.

No resisto al deseo de repetirlos. «Si en la novela histórica, (decía don Crescente), se trata la historia con el debido respeto; si se tiene cuidado de no desfigurar los acontecimientos ni falsear los caracteres; si el novelista se limita a sacar partido de los sucesos i a relacionarlos con sus personajes imaginarios, conseguirá adornar con el interés de la novela el estudio de la historia nacional, i podrá a las veces dar a ésta mayor desenvolvimiento del que debe de ordinario permitirse al historiador». «Sería pesada i en extremo prolija « la historia que descendiera a pequeños pormenores, « los cuales, sin embargo, sirven mui a menudo para « dar idea cabal de la época. El novelista, al contrario « puede darles interés i amenizar con ellos su narración. « Principalmente, tiene a su disposición los cuadros « de costumbres, la descripción de las mil cosas que « constituyen la vida íntima de los hombres i de las « familias, que caracterizan las diversas épocas de una « sociedad i sirven para explicar muchas veces los « acontecimientos. Estas minuciosidades de que el « historiador casi no puede hacerse cargo, suminis- « trarán siempre un sinnúmero de amenos incidentes « al diestro i estudioso novelista. Mui de propósito « he dicho estudioso novelista; porque no es lo mismo « escribir un romance de pura imaginación que pro- « ponerse el estudio de una época más o menos remo- « ta, pero siempre diversa en hábitos i costumbres de « la nuestra. Para escribir bien esta clase de obras es « menester principiar por conocer a fondo no sólo los « personajes históricos i los sucesos más culminantes, « sino mui principalmente los usos entonces jenerales: « es menester identificarse con una sociedad que ya « no existe, vivir en medio de ella, i estar siempre en

«guardia contra lo que a fuerza de ver diariamente
«nos llega a parecer que ha sido la manera de pensar
«i de obrar de todos los hombres».

Añadía, acertadísimamente, el Padre Errázuriz, que el novelador histórico no debía olvidar cuán profundamente cambian los hábitos sociales i cuánto esmero habrá de poner en vencer esa dificultad, para dar valor e interés a la evocación de los tiempos pasados.

El cultivado espíritu de Blest conocía de sobra estas nociones de la novelística universal. Empleó, justamente, un largo decenio en la composición de la obra que concibiera en su mocedad. Los estudios de Amunátegui i de Barros Arana sobre la época por aquél elejida para teatro de su concepción, le sirvieron eficazmente. Abordó con éxito la magna tarea, que habría de consagrarlo como gran novelista; con la particular circunstancia de que ésta su cosecha de otoño, iba a ser, como la de los higos, más dulce i jugosa que la del verano.

Corría el año 1897 i el autor enteraba los 67 de su edad.

Después de haber rehecho algunos de sus capítulos, que no le satisficieron, armonizó sus partes con renovada estética literaria para que se destacara mejor la totalidad del cuadro de «*Durante la Reconquista*» i nos dió su mejor novela. Es la más completa que haya escrito, por el vigor, exactitud i colorido en la reproducción de vida, con que trata el período (1814-1817), dramático como pocos de nuestros anales de nación; compleja i múltiple en sus factores sociales; comprensiva de una lucha de resistencia que llega a lo épico en varios de sus accidentes, soberbiamente

realista, magníficamente estudiada, con asombroso poder de evocación, no igualado por novelador alguno de Sud-América.

La incontestable supericridad de esta novela estriba en que en ella ha dado el más alto grado de perfeccionamiento a sus cualidades esenciales de artista. Estas son: sentimiento de la vida—visión del detalle i del conjunto de los seres i de las cosas—facultad de observación i fuerza de evocación—i, como lo ha dicho un agudo crítico francés, (Faguet), «el don infinitamente raro de ver i resucitar en su pensamiento « los conjuntos, los grupos humanos, casi las sociedades organizadas, con las acciones i reacciones recíprocas de los miembros que las componen. Cuando « tiene este poder, el novelista es una especie de poeta « épico. No sólo crea la vida, no sólo la sorprende en lo « más menudo de sus detalles característicos; hace « más: la abraza en su plenitud. Cada ser creado, bien « vivo ya, más vivo aún se hace con el contacto, con « el frotamiento i con el impulso de la vida de todos « los demás».

Nuestro novelista ha creado un mundo suyo i adivinado un mundo muerto. Con su arte peregrino de fabulador liviano i estudioso, nos da una maravillosa resurrección hasta las entrañas mismas de la vida colectiva; la sociedad chilena de «*La Reconquista*», aparece con un impulso de movimiento tan sorprendente que nos trasporta real i positivamente a aquella época lejana.

Esta manera de ver i hacer sentir la constitución de nuestra nacionalidad eleva a Blest a la altura de los mejores reconstructores del pasado en Sud-América. Da, en efecto, la sensación de vida total, refleja-

dora íntegra del gran movimiento converjente de masas que concurren a la formación de la patria chilena, con sus hombres i sus mujeres, con sus resistencias aisladas, con los grandes caracteres de la raza, sus supersticiones e idolatrías, con su acento, con los instintos populares i su folk-lore, con su clima i con sus paisajes. Cuadro amplio en que la intriga, por complicada que parezca, no es sino un medio para destacar el propósito jeneral, ya mencionado, de la gran novela.

Es tal la fuerza que emana de esa producción, que enseña casi más que la historia misma, porque lo imaginado o verdad problemática, vale tanto como la «verdad verdadera». En las grandes novelas históricas hai esto de interesante, la imaginación reconstructora es algo como un doble poder adivinatorio, como el de que disponía Sir Walter Scott en alguna de sus mejores creaciones arqueológicas medievaes; como Ebers Balwer en la pintura de la vida ejipticia; como Lord Lytton, al revivir Pompeya; como Flaubert, al revelarnos en «*Salambó*» la vieja civilización cartajinesa.

Sus últimas novelas

A los 75 años de edad, Blest nos dió «*Los Trasplantados*» (1905), novela de observación de la vida parisiense. Se diría pensada en francés: tal es la abundancia de galicismos que, como «quintral», afea i desnaturaliza la bella prosa del autor, quien en su producción anterior, habíase mostrado tan chileno. Está destinada a formar el cuadro lamentable de cierta familia de hispano-americanos que corre i se enfanga, embobada tras la pesca de blasones principescos, per-

siguiendo su incorporación en la sociedad de aristócratas tronados. El tema ya había sido esbozado en parte, por un compatriota nuestro, Alberto del Solar, en su *«Rastaquoeere o Ilusiones i desengaños de los Sud-americanos en París»*. Pero adquiere en el temperamento i en las manos de Blest un ardor pasional, un extraordinario relieve, de intención profundamente irónica i cruelmente satírica. Es lo que diría Valera, «ferozmente graciosa». Del espíritu cáustico de su fondo flota i emerge una filosofía triste: la tontería humana vista al través de pasiones perturbadoras del más obvio sentido moral. En aquella vorájjine de ambiciones las casadas no vacilan en hacer afrentosamente ridículos a sus maridos, i lo que es más deplorable, en llevar al sacrificio a una virjencita adorable, quien resiste mui poco a un matrimonio de conveniencia, que termina trájicamente.

En 1910 Blest, ya octojenario, publicaba aún otra novela, *«El Loco Estero»*, de gran orijinalidad, que jira principalmente sobre amables, curiosos recuerdos de su niñez i de la vida de Chile por los años de 1837 al 41. Con los ojos milagrosos de la memoria, evoca ese tiempo e impresiones que se graban con intensidad indeleble en el cerebro i en el alma. Más que la fábula del «loco», nos interesan la parte autobiográfica ahí contenida del novelador i las reminiscencias de su hermano, el poeta Guillermo, i de su padre, que aparece bajo el nombre de Cúningham. En esa placentera recordación de las cosas idas, adquiere plástica vivacidad el cuadro jeneral de la época i sus hábitos; la silueta rápida, pero firme del Ministro Portales; los juegos infantiles nacionales, algunos de los cuales, como el «volantín» i las «comisiones», eran una ver-

dadera pasión no sólo para los chicos sino también para los grandes; la llegada triunfal del vencedor de Yungai de regreso de la expedición contra la Confederación Perú-Boliviana; aún la mordacidad popular, gráficamente vaciada en los apodos burlescos aplicados a ciertos personajes de entonces («*Chanfaina*», jeneral «*Pólvara Bruta*», «*Espada Virjen*» i otros). Todo un mundo de evocación de la patria lejana, entrevista i representada con milagrosa fuerza de juventud.

Todavía tres años, más tarde (1912), daba Blest «*Gladys Fairfield*», ficción corta que refiere aventuras donjuanescas, en parte ocurridas a un pariente del autor (Florencio Blanco) en un viaje por Suiza. Esta habría de ser su última producción novelesca, que nadie creería la obra de un viejo.

Características de su arte de novelar

Diversas escuelas se habían repartido en Francia la adhesión de los noveladores durante la larga mitad de centuria que abarca los extremos de la producción de nuestro autor. Blest permaneció fiel a su temperamente nacional orijinalísimo, no dejándose, sino a ratos, cojer por la poderosa influencia refleja que imficiona con su aire sutil aún a las más fuertes individualidades del arte.

Pocos son los que escapan a las tentaciones de las modas literarias i cambios de gusto. Blest fué i quedó el realista de la buena época, porque en la imitación artística de la naturaleza está la gran fuerza, la eterna inspiradora de las mejores ficciones.

No es del caso, ahora, enhebrar la larga lista de las «claves» que se han formulado para encontrar el origen i raíz de muchos de los personajes blestianos, en los cuales se ha visto, o querido adivinar seres positivamente reales. En mi entender, una concepción tan unilateral no ha existido nunca; los caracteres que él puso en acción son compuestos. Suma de distintos individuos, de quienes tomaba ésta o aquella particularidad, este o aquel vicio, esta o aquella cualidad para formar con su conjunto un todo homogéneo que —participando de la porción de índole propia a cada una de las personas por él observadas— era májicamente transformado por añadidos i engranajes de su propia inventiva. Al ensamble i contacto de estas partes, infundíale alma nueva. De donde resultaban sujetos imaginarios: llevan el cuño o sello de lo quimérico en su total, pero formados de trozos reconocibles fácilmente, en vidas reales que habían servido, antes de la transformación, de sumandos psicológicos i éticos.

No me sería difícil agrupar ejemplos probatorios de esta tesis, que no tiene por lo demás novedad alguna; porque, entiendo, esa suele ser, en jeneral, la jénesis de tantos caracteres i personajes que por ahí andan, i fueron vistos en una parte, e ideados en otra, por muchos de los noveladores contemporáneos. I aún entre los grandes, los ha habido, como Daudet, que era radicalmente impotente para crear caracteres o personajes que antes no hubiera entrevisto o divisado en la realidad.

Pero no deseo pormenorizar más en el arte de novelar blestiano.

Por mi propio cansancio, calculo el de los demás.

Esta circunstancia muéveme a dar remate a esta parte de mi ya larga i árida disertación. Agregaré tan solo algunas cortas líneas en sucinto extracto, sobre la vida de nuestro autor en sus últimos años.

Ultimos años de Blest Gana

No se podría decir que la literatura suministrara a Blest con qué vivir. Si bien algo le produjeron sus novelas, pecuniariamente quedaban mui distantes de alcanzar, ni el número ni el tiraje, de ediciones de otros autores similares. Aunque, en Chile, se ha afirmado que algunos de los romances blestianos fueron trasladados al francés, no he podido comprobar ese dato. Todo induce, al revés, a pensar que semejantes traducciones no han existido. No hai, por lo menos, vestijio de ellas en las buenas bibliografías de esa nación que he consultado.

Los bienes de fortuna de Blest manejados con parsimonia, llegaron a ser, con el tiempo, sino mui opulentos, no del todo escasos. Hombre metódico i ordenado, pudo dejar juntarse en la Caja de Ahorros de Santiago, más de 80 mil pesos de economías, acumulados uno a uno, i de año en año. Con operaciones financieras aconsejadas por un chileno, esperto hombre de negocios (don Federico Santa María), que era mui su amigo, logró hacer ventajosas inversiones.

Cuando vendió la no mui estensa casa de la calle

Cristóbal Colón, en que habitó en París hasta 1911, se trasladó a la Costa Azul i después pasó a vivir en un cómodo departamento del espléndido Hotel Majestic de la Avenida Kleber, una de las doce anchas vías que dan al Arco de la Estrella. Allí el noble anciano residía con su hija Blanca.

Cuidaba de su persona con atildado esmero, se afeitaba diariamente a las doce del día, «para no tener, decía festivamente, crecida la barba a la hora de comida»...

Correcto en el vestir, «tenía siempre—según ha referido una persona que lo conoció en la intimidad—deseos de agradar, único preservativo contra la decrepitud física». Por no usar bufanda, «prefería recluirse en el invernadero de su aposento, antes de salir con el cuello cubierto i defendido del hielo mortífero de París».

Una de sus distracciones favoritas era el Teatro de la Comedia Francesa; cuando no pudo salir de noche, solía pasar las tardes de los domingos, en el Olimpia. Su afición a las representaciones escénicas no lo abandonó nunca, como tampoco su insaciado afán de cultura.

No frecuentó la sociedad de los literatos franceses; sólo mantuvo la de algunos internacionalistas que, en su carrera diplomática, había conocido, entre otros Mr. Eduardo Clunet, el eminente director del «*Journal de Droit international privé et de jurisprudence comparée*», fundado en París ha más de 40 años.

Las leyes de la naturaleza iban a dejar caer, poco a poco, sobre el glorioso anciano, los golpes inevitables de los achaques. Ninguna de las dolencias físicas fué parte para derribar la admirable vitalidad de su cuerpo, que se dijera bañado hasta el fin en las fuentes de Juvencio. Pero una desgracia de hogar, que le arrebató la compañera de toda su vida, quebrantó su espíritu, apagó su inspiración i tornó en retraído su carácter.

Se entregó a la vida de la meditación. Una densa nube de tristeza i desaliento ensombreció sus días postreros.

Años antes de acercarse a la frontera rara vez alcanzada de la longevidad nonajenaria, no pudo menos de recibir esos significativos avisos del hombre que se va.

Primeramente, le sobrevino la debilidad i progresiva anulación del órgano auditivo. La sordera es una enfermedad ridícula. Y lo era tanto más, para quien temiendo caer en absurdos i festivos *quid pro quos*, adivinaba o exajeraba la posible sonrisa burlona de terceros. Nunca quiso, sin embargo, usar audífono.

En seguida, otra señal de invalidez: la anquilosis al nervio principal de la mano derecha—impotente para seguir los caprichos de su fantasía, siempre alerta i voladora—lo obligó al dictado para trasladar al papel su pensamiento.

Por último, el prurigo, picor cutáneo que le causaba infinitas molestias, acabó por retraerlo completamente casi del trato de los demás. I se asiló en el cuidado de su hija i de mui pocas personas de su intimidad.

La imagen de la patria no se borró jamás de su espíritu. Si propiamente no sintió esa intolerable nostalgia que asalta de continuo a quien vive fuera de su tierra natal—i él permaneció alejado por espacio de más de 50 años!—fuerza es convenir en que por intermedio de sus novelas, mantuvo esta comunicación telepática o mental, con los hilos i effluvios de sus creaciones i de sus recuerdos.

—¿El anciano tuvo sus dolores íntimos?—Acaso, más de una vez, rozaron su alma las sombras de injusticias cometidas contra él por compatriotas, aun por amigos queridos; pero no alcanzaron a condensarse sino en calladas conversaciones i quejas en el seno de su propio hogar. Discreción i caballerosidad eran el fondo de su carácter equilibrado, parejo i de perfecta distinción. (1)

(1) Don Alberto murió en París el 9 de Noviembre de 1920.



CONCLUSION

La gloria coronó su frente.

A fines de 1920, la jeneración de Blest Gana había desaparecido casi del todo. Lectores chilenos, que nunca vieron al autor, han convivido con él en el deleite que producen sus amables creaciones, i se han arrebatado, hasta agotarlos enteramente, los ejemplares que existían en nuestras librerías.

Es de esperar que Chile,—agradecido a quien representó con tanto brío intelectual i artístico, i honró con tal brillo la producción literaria de Hispano-América, llevando el cetro de la novela,—hará una edición completa de las obras blestianas. Lo que será sin duda, el más glorificador de sus monumentos.

Señores: no es inútil tampoco repetir, que esta grandeza de Blest Gana abarca múltiples campos de la actividad. Séame permitido resumir, a guisa de

condensación final, algunos de los datos, juicios i opiniones que quedan tan imperfectamente sembrados a lo largo de este rápido bosquejo, trazado a raíz de mi elección, en cumplimiento del Estatuto Universitario i en honra i elogio de mi benemérito predecesor.

Funcionario de aventajada intelijencia, edil discreto, intendente laborioso, está sin interrupción en el sendero recto de la probidad i del bien público, aportando a la administración su útil esperiencia, sus fecundas sujestiones.

Político, se estrena en el hogar radical de los ultras para afiliarse después en la línea del liberalismo moderado; pero en los momentos de definitiva evolución hacia las reformas llamadas teológicas que secularizaron nuestras instituciones republicanas, aboga con entereza por la supremacía del Estado; se pronuncia con firmeza en pro de las leyes que consagran la libertad i la igualdad civil de todos los ciudadanos.

Diplomático, dúctil, acucioso, ponderado, con clara concepción de sus deberes, da íntegra su elevada intelijencia al país en el exterior durante la paz en mil asuntos financieros, económicos i administrativos. En la delicada jestión cerca del Vaticano sobre provisión de la Arquidiócesis de Santiago, se quiebra, no se dobla, ante aquella cancillería tan prepotente como erizada de sútiles recodos, de infinitas reservas mentales. En los conflictos bélicos, singularmente nuestro Ministro consagra al servicio de la Nación su iniciativa fructuosa, su dilijencia patriótica, su afán vehemente. En estos momentos trájicos, cuando la perfidia de dos vecinos de nuestra frontera septentrional nos arrastra desprevenidos a la lucha, tiene fé incommovible en la victoria de nuestras armas i de

nuestro derecho, i confianza ciega en los destinos venturosos que el porvenir depara a nuestro Chile en el concierto de los pueblos civilizados.

Creyente, hijo de protestante, se diría que él mismo casi lo fué. Falto de fe dogmática, despreocupado, indiferente en materia religiosa, apartado del catolicismo i en absoluto de toda confesión intransigente no tiene en su conciencia otro principio fundamental inspirador que el mui amplio de la tolerancia respetadora de todos los criterios, de todas las soluciones sinceras del espíritu. Está lejos de creer en la Revelación ni en una única relijión verdadera. Sin abanderizarse en credo alguno, determina sus actos por los dictados de una conciencia sin mácula; sigue los preceptos de moral tan puros como los de Plutarco, de Marco Aurelio, de Franklin o de Renán. I él, que no quiso ni pudo en Roma misma cambiar la bandera de la República por el sayal del peregrino, ni quiso ni pudo recibir cruces, ni quiso ni pudo aceptar bendiciones de dos Pontífices; él, una mañana en París, en medio del huracán de la gran guerra, accede al ruego de su hija, su fiel Antígona, portadora de la cruz roja, penetra en la solemne bóveda de Notre Dame, dobla la rodilla delante de un humilde clérigo i le abre su alma, acaso torturada por la duda i el desconsuelo.

Literato, sin atildamiento académico, con alma poética de potente imaginación, de sensibilidad esquisita, de estilo suelto, flexible, espresador fino i sutil del matiz de las cosas, queda pristinamente adicto al romanticismo, porque esa escuela se armoniza en su fondo con su íntima idiosincrasia. Pero, en el trascurso de su carrera de escritor, ensancha los horizontes de su visión hacia el costumbrismo i en espe-

cial su intuición lo conduce al realismo, en cuyas entrañas descubre él la veta magnífica de la observación, algunas veces picante, siempre profunda, i la explota con aquella ironía grácil, liviana, tan suya i de buena lei que a manera de sello inconfundible caracteriza su temperamento artístico.

Novelista, novelista por encima de todo, muéstrase el deleitable historiador de su tierra i de su pueblo. Lejos, mui lejos de los patrios lares a los que no habría de regresar jamás, se sustrae durante medio siglo dentro de una refinada civilización a la influencia de los maestros parisienses, resiste la enorme sujestión del ambiente, i ¡oh, raro milagro! acaso único en los anales de las letras, logra quedar orijinal. Se mantiene chileno en su arte de novelar, porque es intensa, poderosa la fuerza de su individualidad literaria. Vueltas las pupilas nostálgicas hacia la patria, sigue eternamente enamorado de ella como de una novia. Plasma en paisajes maravillosos de verdad, la vibrante descripción del terruño, la nativa floresta, la blanca montaña andina, la naturaleza toda de Chile, junto con la sinceridad evocadora i el ritmo sentimental, cálido de ternura i de cariño, con que envuelve i anima su mundo: las escenas i tipos nuestros, los acentos del folk-lore popular, los gritos de las calles, las creaciones de bien definida chilenidad, las tradiciones épicas de la formación de nuestra libre i firme nacionalidad, las características modalidades criollas, los matices i añoranzas del pasado que ve tan lejos i que siente tan de cerca i tan hondamente.

Hombre, su hogar es un santuario de intejérrimas cualidades morales. Ofrece «culto inalterable a las nobles virtudes del corazón», a las hidalgas efusiones de

la amistad, a los tiernos sentimientos de la familia, que preside, desde el principio de la juventud, la dulce compañera de su vida, quien le presta estímulo fecundo para la tarea literaria, i reconfortante i blando regazo para las horas de la zozobra i del dolor.

Señores: I al fin al sonar la hora suprema en que su cuerpo se desploma en la sombra de lo irremediable, su espíritu alado revuela a más altas cumbres, resplandece su nombre nimbado de más luz i pasa a ser en el Pantheón de nuestra literatura uno de sus dioses penates. Allí está al lado de esas humanas figuras esculturales del *Martín Rivas* i de la *Reconquista*, echadas por él al mundo con tal alma i tanta vida en nuestra novelística i labradas con tal personalísima espresión i tanto sentido de lo real i de lo ideal, que seguirán sin cansarse jamás, derramando flores ante el altar de la Belleza. Allí rondan i rebullen esas creaturas, unas sonriendo, otras llorando, todas, felices o entristecidas, con la sagrada emoción del ensueño realizado o desvanecido. I allí, como en la cabalgata i procesión Panatenaicas del friso griego del Partenón, desfilan i montarán la guardia, de ahora i para siempre, al creador de un arte jenuinamente representativo de nuestra nacionalidad, de nuestra historia i de nuestra raza.



APÉNDICE

Algunas cartas de Blest Gana

Mientras llega la oportunidad de completar con un análisis detenido la vida i obras de Blest Gana, de que las líneas precedentes son sólo un lijerísimo bosquejo, juzgo conveniente agregar como APÉNDICE unos pocos documentos de su rico epistolario que revelan juntamente con algunos aspectos curiosos de sus actividades literaria i diplomática, otros rasgos no menos significativos de su psicología i de su interesante personalidad.

I.—CARTA-DEDICATORIA DE LA NOVELA «MARTÍN RIVAS» AL SEÑOR DON MANUEL ANTONIO MATTA.

Santiago, Julio 23 de 1862.

«Mi querido Manuel:

«Por más de un título te corresponde la dedicatoria de esta novela: ella ha visto la luz pública en las co

lumnas de un periódico (1) fundado por tus esfuerzos i dirigido por tu decisión i constancia a la propagación i defensa de los principios liberales; su protagonista ofrece el tipo, digno de imitarse, de los que consagran un culto inalterable a las nobles virtudes del corazón; i finalmente, mi amistad quiere aprovechar esta ocasión de darte un testimonio de que, al cariño nacido en la infancia, se une ahora el profundo aprecio que inspiran la hidalguía i el patriotismo, puestos al servicio de una buena causa con entero desinterés.

«Recibe, pues, esta dedicatoria, como una prenda de la amistad sincera i del aprecio distinguido que te profesa tu afectísimo.—ALBERTO BLEST GANA.»

2.—CARTA SOBRE «EL IDEAL DE UN CALAVERA» AL SEÑOR DON BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.

San Bernardo, Enero 7 de 1864.

«Querido Benjamín:

«Sólo ayer llegó a mis manos *El Mercurio*, de 4 del actual, en el que consagras un hermoso artículo al «IDEAL DE UN CALAVERA». ¡Gracias por tus nobles palabras de simpatía, gracias por haber alumbrado mi nombre con los vivos esplendores de tu intelijencia!

«Una de tus frases, acaso la que cayó más descuidadamente de tu pluma, me ha causado una grande

(1) Se refiere al diario «*La Voz de Chile*».

impresión; porque tengo la conciencia de merecerla. «Pero entre los que se fatigan como Rosseau, o los « que se exaltan como Byron, ha habido un obrero « incansable i modesto que no se ha apartado un ins- « tante de la senda que se propuso recorrer».

«Tienes razón: desde un día en que leyendo a Balzac hice un auto de fe en mi chimenea, condenando a las llamas las impresiones rimadas de mi adolescencia, juré ser novelista, i abandonar el campo literario si las fuerzas no me alcanzaban para hacer algo que no fuesen triviales i pasajeras composiciones. Desde entonces he seguido, incansable, como tú dices, mi propósito, sin desalentarme por la indiferencia, sin irritarme por la crítica, sin enorgullecerme tampoco por los aplausos con que el público ha saludado mis últimas novelas. El secreto de mi constancia está en que escribo, no por culto a la gloria, que no existe ni aún con oropeles entre nosotros; no por ambición pecuniaria, porque sólo últimamente mis trabajos empiezan a producirme algún dinero; sino por necesidad del alma, por afición irresistible, por ese algo inmaterial, en fin, que nos lleva a apartarnos de los cuidados enfadosos de la vida, lanzando la imajinación a un campo en que nadie puede vedarnos los dulces frutos de la satisfacción intelectual. En una palabra escribo, como creo habértelo dicho alguna vez, porque tengo la manía de escribir.

«Después de esta confidencia a que me ha convidado la efusión sincera de tu artículo, sólo puedo repetirte, mis agradecimientos por los elogios que me prodigas, señalando entre los que prefiero aquellos que dedicas al amigo más bien que al novelista.

«El amigo te da nuevamente, las gracias por ellos

i te abraza con cariño, rogándote le conserves en tu corazón el aprecio que tan jenerosamente le has manifestado.—ALBERTO BLEST GANA.»

3.—CARTA SOBRE «EL IDEAL DE UN CALAVERA» AL SEÑOR DON JOSÉ VICTORINO LASTARRIA.

San Bernardo, Enero 25 de 1864.

«Querido amigo:

«Dos pliegos autógrafos del autor de la *«Historia constitucional del medio siglo»* es una buena suerte con que no contaba en este retiro.—I es tanto más de ver lo satisfecho que su amistosa carta me ha dejado, cuanto que siempre me ha servido de estímulo el interés que Ud. me manifiesta por mis trabajos i mi porvenir literarios.

«No fué mi padre, como Ud. se imagina, quien me hizo abrazar la carrera militar, que Ud. se alegra que yo haya abandonado por la de las letras. Fué un engaño de niño, del que más tarde, el peso enorme de una ciega subordinación me hizo despertar. Pero, así como escribo novelas *entreveradas* con decretos i notas del Ministerio de la Guerra, pienso que las habría escrito también en medio de la tareas del Injeniero, porque tengo para ello, lo que el vulgo llama manía i que los más cultos llaman vocación. Buenas o malas novelas habría escrito, i me alegro ahora de haber cedido a mi inclinación cuando hombres como Ud. vienen tan cariñosa i espontáneamente a honrarme con su aprobación i simpatía.

«Que Chile lea mis novelas sin cuidarse del estado de mi bolsillo, es cosa triste para el que carga este último vacío; pero que un gobierno de los *nuestros* no se acuerde, para mejorar mi suerte, de once años de servicios constantes, me parece más triste todavía. No hice jamás esta observación al Ministro Lastarria (1); más, puedo apuntarla al amigo, que ya no es Ministro, i me habla en su afectuosa carta de la gloria que como novelista me espera. Mientras mis conciudadanos del porvenir me preparan la corona de la fama, algunos del presente, como sastres i boteros, por ejemplo, me tienen preparada su cuenta al fin de cada semestre i me temo que no admitiesen como moneda corriente mis novelas. Pero, en fin, sea de ello lo que fuere, escribiendo satisfago una necesidad de mi naturaleza i cada cual tiene forzosamente que obedecer a la suya.

«Vamos ahora, al «*IDEAL DE UN CALAVERA*». No sé por qué no le agrada *Manriquez*: todos llevamos en el pecho un grano de esa aspiración a que consagró su vida i el que no lo lleva puede ser fraile impunemente. *Manriquez* tiene irresistible el instinto que otros hombres de corazón moderan por conveniencia, por hipocresía o por moralidad; el instinto que el *Querubín* de Beaumarchais espresa con tan infantil sencillez cuando dice que quisiera abrazar a todas las mujeres en una sola. Yo le tengo cariño. Es un *Werther* que se habría reído de los escrúpulos de *Carlota*; tipo, si Ud. quiere, de la inmoralidad que en materias de amor profesan la mayor parte de los hombres, pero que lleva la chispa sa-

(1) Don Victorino había sido durante cien días Ministro de Hacienda de la administración Pérez.

grada de esa necesidad de adoración que es el más poderoso móvil de las acciones humanas.

«En cuanto a las mujeres que figuran en «EL IDEAL DE UN CALAVERA», tiene Ud. mucha razón. Ninguna de ellas tiene nada de notable i deben la vulgaridad de su carácter a una intención premeditada del autor. Deseando presentar a Manríquez en la escena de nuestra vida casera, en cuadros esencialmente chilenos, dí a propósito, a casi toda la comparsa, las proporciones más humanas i más reales posibles. Así es como *Inés Arboleda* representa la educación, los gustos i las tendencias de nuestra mujer de sociedad, i como *Candelaria Basquiñuelas*, es el tipo de la muchacha que la seducción arroja al campo de la vida galante, por causas del *medio* social en que se encuentra colocada. Candelaria, querido amigo, anda siempre joven i risueña, siempre vivaracha por esas calles de Dios, i casi siempre después de pagar su tributo al vértigo del amor, lo sigue pagando al del lujo i la disipación en brazos de algún viejo libertino como *Alcunza*.

«Veo con satisfacción profunda que Ud. sabe apreciar a Felipe Solama. Puse ese bocado, sazónándolo con cuanta sal ática me fué posible, para manjar exclusivo de las inteligencias delicadas. Nunca esperé verle popular; pero siempre conté con que los que tienen en la inteligencia el tacto del buen gusto, le tomarían amistosamente del brazo para escucharle su charla i hacer justicia a su corazón. Si hubo algo, en la idea primitiva de Benicio (1), creo que le dejé de tejas abajo i me fuí con Solama a rejiones donde aquel

(1) Alude a don Benicio Alamos González.

no llega ni ha pretendido llegar. Tal vez tenga el corazón de Felipe; pero le niego su chispa.

«Ud. me hace la honra de esperar una «gran novela» de mi pluma. Veremos, pues, si lo que estoy trabajando (1) merece tan alto título. He llevado mi exploración al campo de la historia para componerla. Esta vez abandono los cuadros de costumbres i lanzo mi imaginación en el estudio de las pasiones inspiradas por ciertos hechos históricos, tratando, por supuesto, de enlazar ese estudio con una vasta i complicada intriga que espero será abundante i sabroso pasto para los aficionados a las emociones de una trama enredada sin ser inverosímil ni estupenda, como ya no puede admitirse en sana literatura. Si al publicarla podemos Ud. i yo reunirnos a leer el manuscrito, espero que lo hagamos, i que Ud. me dote a ese nuevo hijo con un prólogo de su pluma.

«Espero en Dios (pues no soi hereje como Ud.) que pronto nos veremos para hablar a nuestro sabor. Yo creo que el 1.º de Febrero estaré de regreso en Santiago, a empezar mis interrumpidas tareas ministeriales.

«La Carmelita le corresponde sus recuerdos. Sírvase hacer presentes los míos mui rendidos a su señora e hijas i cuente con el sincero aprecio i la invariable amistad de su afmo.—ALBERTO BLEST GANA.»

(1) Se refiere a la novela *Durante la Reconquista*.

4.—CARTA SOBRE ENCARGO DE BUQUES DIRIJIDA AL
MINISTRO DE RELACIONES ESTERIORES DE CHI-
LE EN 1872.

Londres, Mayo 28 de 1872.

Señor don Adolfo Ibáñez.

Santiago.

«Estimado señor i amigo:

«Aquí me tiene Ud. en la brumosa capital británica, donde una vez tuvo Ud. la amabilidad de hacerme una visita. He querido no perder ni un solo minuto en el encargo de buques (1). Así es que no doi tregua a los constructores i paso desde la mañana hasta la noche recibiendo sus consultas i estimulándolos a darse prisa; hago, en fin, todo lo que humanamente posible puede hacerse para activar estos trabajos.

«En mi correspondencia de esta fecha al Ministerio de Marina, podrá encontrar una relación del modo cómo he iniciado mis trabajos i del pie en que quedan.

«Todo está mui bien por lo que hace a contratos, pero desgraciadamente nunca las condiciones del mercado han sido peores. El fierro ha subido un 25 por ciento sólo en los últimos meses; el cobre está también más alto que lo que ha estado por cuatro o cinco años. Los constructores están atestados de trabajos, hai plétora de trabajo. Todos los países se arman. Ud sabe que la última guerra ha hecho recular al mundo de cien años por lo menos; i vuelve a ser de

(1) Los blindados *Blanco* i *Cochrane* mandados construir por el previsor presidente Errázuriz Zañartu.

las razones la mejor razón, la espada, o si Ud. prefiere, el blindado. Hai una parte de su carta de 29 de Enero contestada ya, que me trabaja día i noche el espíritu. Encareciéndome la necesidad de tener de una vez alguna poderosa nave de guerra para dar tono a nuestras relaciones exteriores, esclama Ud.: «tal vez dependa de la mayor o menor diligencia de Ud. el que podamos ganar o perder muchos millones i muchas leguas de terreno. Ayúdeme, pues, i adelante».

«¡Ai! si de mi diligencia dependiera sólo el ayudarle, ya estaría esa nave camino de Valparaíso. Pero Ud. sabe que encontrar un buen blindado a venta es una de esas casualidades que rayan en lo imposible.

«¿Qué hacer para secundar los patrióticos deseos de Ud., que no menos vivos abrigo por mi parte? Buscar en astilleros particulares, buscar en los Gobiernos i por fin, tentar cerca de éstos la compra de lo que quisiesen vender.

«Este ha sido mi plan de campaña, seguido sin perder un momento, sin respetar, feriados ni horas de día o de noche.

«De antemano puse en movimiento mi cuerpo de oficiales en comisión. Uno anda recorriendo los puertos de Francia con mis instrucciones en el bolsillo. Los otros acaban de terminar en Inglaterra su inspección. Nada disponible existe en los astilleros británicos.

«Antes de entablar gestiones cerca de este Gobierno, era cuerdo averiguar si hai siquiera una lejana probabilidad de éxito. Para esto consulté al que ha construído la flota moderna inglesa i que conoce el campo oficial en este ramo, como pocos. Su contestación ha sido redondamente negativa. Si algo llegara a

vender este Gobierno, sería aquello que ya no sirve para nada, i eso se haría por subasta pública.

«Entonces dije a mi consultor, ayúdeme a buscar alguna otra cosa, no ya en Inglaterra, pero en cualquier parte de Europa. En esto estamos. Ha quedado de dar ciertos pasos i de avisarme sin tardanza su resultado. Si él no halla nada, perderé toda esperanza, por que él es el consultor en punto a buques de guerra de gran parte de los gobiernos europeos.

«Después de eso, sólo quedaría hacer una tentativa cerca del Gobierno francés. Espero de mi oficial comisionado, los datos necesarios sobre lo que haya susceptible de adquirir en Francia.

«Escribo la presenta mui de prisa, urjido por la hora del correo e interrumpido por constructores, i por uno que viene a tratar el asunto de cartas-tarjetas encargo del Ministerio del Interior.

«Mis recuerdos al señor Presidente i a sus colegas.

«Su affmo. S. S. i amigo.—A. BLEST GANA.»
